

DISCURSO DE PRESENTACIÓN

Por la Académica de Número de esta Corporación,

ILMA. SRA. DÑA. MARÍA ROCÍO ÁLVAREZ LÓPEZ

DISCURSO DE RECEPCIÓN

Por el Académico Correspondiente

PROF. DR. Edgardo D. Carosella

Murcia, 19 de Junio de 2014

INDICE

Discurso de Presentación	1
Preámbulo	10
¿Que significa ser uno mismo?	11
Lo humano centro de nuestra identidad introducción	13
Las tres dimensiones del ser	16
Construir nuestro ser sin el otro	19
Aditividad de la identidad	22
Conclusión	2

DISCURSO DE PRESENTACIÓN

ILMA. SRA. DÑA. MARÍA ROCÍO ÁLVAREZ LÓPEZ

Académica de Número de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Murcia

Excelentísimo Sr. Presidente de la Real Academia de Medicina y Cirugía
de Murcia

Ilustrísimos Señores Académicos

Señoras y Señores

Amigos y Compañeros

Debo agradecer inmensamente a la Academia que me haya concedido el honor de presentar ante ustedes una personalidad tan destacada como la del Profesor Edgardo Carosella, quien acumula un historial científico y humano que le harían digno de poder ser presentado algún día como Académico de Honor de esta vetusta Real Academia de Medicina y Cirugía de Murcia

He de confesar que el mero hecho de ojear su vasta carrera científica y profesional ya sobrecoge, pero lo que deslumbra más aun al acercarnos a su personalidad, pues su condición de médico, filósofo y teólogo le ha concedido la oportunidad de extender sus conocimientos a otros ámbitos, con una amplia dimensión humana sobre el pensamiento científico y con ventaja sobre quienes cultivan únicamente los aspectos puramente técnicos de cualquier disciplina.

El profesor E. Carosella es un latino nacido en Buenos Aires que, como hijo de madre española y nieto de españoles (León y Santander) reclama permanentemente y sin ambages su españolidad. Comienza sus estudios en el Magisterio, pero a su conclusión en 1967, haciendo honor al significado de su apellido (Carosella, significa carrusel) pronto decide iniciar un primer giro en su carrera para poner rumbo a la Facultad de Medicina de la Universidad Jesuita del Salvador de Buenos Aires, donde también estudia filosofía y teología. Concluida su Licenciatura en Medicina ejerce como médico interno en Buenos Aires, etapa en la que aparece su vocación científica, lo que le lleva a incorporarse al Instituto de Investigación de la Academia Nacional de Buenos Aires en el Servicio de Inmuno-Hematología bajo la dirección del

Profesor Alois Bachmann. Desde esta temprana etapa apuntaba maneras de científico, pues con sus investigaciones sobre las funciones linfocitarias en pacientes con linfoma y con lepra, logró demostrar la importancia de la inmunidad celular en la lepra indiferenciada y en su evolución hacia formas lepromatosa y tuberculoide, llegando a describir simultáneamente al equipo canadiense del Dr. E. Storrs la reproducción del leproma en armadillos inyectados con bacilo de Hansen de un paciente. Hallazgo que fue utilizado para la reproducción la enfermedad y obtención de lepromas humanos y que propició su nombramiento como Científico Superior de la OMS.

En 1976, invitado por el profesor Jean Bernard, pone de nuevo en marcha su carrusel y se dirige a Europa donde se integra en el equipo del profesor Jean Dausset en el Instituto de Inmunohematología del Hospital de Saint Louis en París, con él se dedica al estudio de los antígenos HLA e investiga su papel en la inmunidad celular y el trasplante alogénico. El objetivo de estos trabajos fue evaluar el control genético de la respuesta proliferativa alogénica, que ya había sido previamente asignado a las moléculas HLA-A, -B y -C. Sin embargo, el estudio intrafamiliar realizado por el Prof. Carosella, cambió este concepto al demostrar la existencia de un sistema autónomo cercano a HLA-B, responsable de la proliferación alogénica, al que se denominó región HLA-D, por albergar varios loci. Durante estos estudios también observó la producción de células T de memoria, capaces de proliferar rápidamente tras ser reestimuladas por las células utilizadas en la inmunización primaria, hecho controlado mediante antígenos de un nuevo locus integrante de la región D, que se denominó HLA-DR. Otra evidencia científica, fue la observación de la diferenciación de una nueva población de linfocitos T capaces de inhibir la respuesta alogénica (linfocitos supresores, hoy conocidos como reguladores), cuyo efecto inhibidor en familias portadoras del haplotipo recombinantes HLA- B/D, sugirió que la supresión estaba asociada al alelo D de este haplotipo y que las células supresoras eran específicas para el antígeno HLA-DR presente en células estimuladoras. Estas células supresoras eran además, capaces de secretar un factor soluble que inhibía la proliferación alogénica no específica, lo que más tarde se confirmó al demostrar esa inhibición era debida HLA-G.

Ante el atractivo de sus trabajos, en 1981 fue llamado por el Instituto Merieux de Lyon para ocupar la posición de Jefe de Servicio de Inmunología Celular y humoral. Precisamente fue en esta época cuando yo llegué al Servicio del Profesor Dausset, donde bajo la dirección de la Dra. Marilyne Sasportes se me encomendó continuar con su trabajo sobre supresión de la respuesta alogénica y caracterización de los “Factores Supresores” de la respuesta alogénica, poco después tuve la ocasión de conocerle en una de las frecuentes visitas que solía realizar hacía a su querido laboratorio en el Hospital Saint. Louis y seguramente de no haber sido por mi retorno a Murcia para montar el trasplante renal y seguramente de haber aceptado la propuesta del Prof. Dausset para permanecer en su laboratorio en París, hubiera tenido después la oportunidad de continuar mi trabajo junto a Edgardo en el apasionante mundo de la *Tolerancia Inmunológica*.

Antes de volver a París después de un año sabático en la Universidad de Alabama con el Prof. Max Cooper el Prof. Carosella retorna al Instituto Merieux de Lyon para ocupar la plaza de Jefe del Departamento General Paster-Merieux de Investigación en Inmunología, algo que el Prof. Jean Dausset arduo defensor de lo público no aceptaba, por lo que bromeaba aludiendo a que “...se dejaba tentar por los cantos de sirenas de la industria”. Por eso, al final retorna con su querido maestro al Hospital Saint Louis en París, donde primero es nombrado Director de Unidad de la Investigación sobre células madre hematopoyéticas y después Director de Investigación de Energía Atómica y de Inmunología y Vicepresidente del Centro de Estudios del Polimorfismo Humano creado por Jean Dausset tras su jubilación.

En cuanto su producción científica, tiene en su haber 290 publicaciones científicas de alto impacto (índice H, 56), 42 artículos denominados “divulgativos”, pero de alta calidad pedagógica y ha seguido girando su carrusel por el mundo participando en 235 Congresos Internacionales e impartido más de 72 conferencias. Ha presentado 25 patentes en Francia, Europa y Estados Unidos y participado en la redacción de 16 libros, algunos de los cuales se

adentran en temáticas que van más allá de lo puramente inmunológico y se acercan a lo científico-filosófico. Entre ellos:

"El nacimiento de la medicina preventiva" en 1993,

"La identidad: ¿Quién soy yo?" en 2006 (como único autor),

"Intervención médica en caso de envenenamiento nuclear o radiológico" en 2008 y más recientemente en 2010

"L'identité, la part de l'autre", con la participación de Thomas Pradeau".

Apremiada por el tiempo solo añadiré que se le han otorgado varios premios (más de 7), que van desde el Premio inicial Juan M. Fernández de la Universidad de Buenos Aires, al más reciente Premio Blaise Pascal de la recibido de la Academia Europea de las Ciencias. Como pionero en el estudio de HLA-G, lidera este campo científico en el mundo y, organiza periódicamente en Francia desde 1998 las Conferencias Internacionales sobre HLA-G. Pertenece a numerosas sociedades científicas, la Sociedad Francesa de Inmunología, por supuesto, pero también la Asociación Americana de Inmunología, de la Academia de Ciencias de Nueva York y la Federación Europea de Inmunología y es miembro de consejos editoriales de 11 revistas científicas" y que ha sido 43 veces miembro de comités de expertos y grupos científicos consultivos, como el "European Cord Blood Bank", el "Commissariat à l'Énergie Atomique", "International Life Science".

Es además, Doctor Honoris Causa y Profesor Honorario de la Universidad del Salvador en Buenos Aires, has sido nombrado "Científico Internacional del Año " en el Centro Internacional de Cambridge en 2003, es miembro de de la Académie des Sciences de l'Institut de France y de la European Academy of Sciences, donde actualmente ostenta el cargo de Presidente de la Sección de Medicina. Por último, mencionar que es Caballero de la Orden Nacional de la Legión de Honor, Comendador de la Orden Nacional del Mérito y Oficial de la l'Ordre des Palmes Académiques.

Retornado a su quehacer científico, debo señalar que su trabajo sobre HLA-G, ha sido un descubrimiento notable que ha facilitado la comprensión de la tolerancia materno-fetal y ha permitido al Prof. Carosella ser el primero en responder firmemente a la pregunta de por qué una madre no rechaza al feto semi-alogénico (portador de antígenos paternos). En este aspecto, realizó por primera vez experimentos *ex vivo* demostrativos del papel protector de la molécula HLA-G de la superficie de trofoblasto sobre la inhibición de la lisis por células NK infiltrantes de la decidua uterina, tanto en condiciones semi-alogénicas (células NK de la madre y trofoblasto de su propio embrión) como alogénicas (células NK uterinas y trofoblastos de diferentes embriones) y que el bloqueo con anticuerpos anti-HLA-G específicos restauraba la citotoxicidad de las células NK deciduales. De esta forma el feto quedaba protegido del ataque de células NK y linfocitos T maternos. Por otro lado, ha demostrado que HLA-G no solo inhibe a las células NK sino también a las células T, las presentadoras de antígeno y las B productoras de anticuerpos. Todos ellos, descubrimientos con consecuencias clínicas, bien favorables como: a) la protección del embarazo, donde HLA-G es un requisito indispensable para la implantación del embrión y b) para el trasplante de órganos, donde previene el rechazo o bien c) desfavorables, por favorecer el escape a la vigilancia inmunológica, través de la reducción de la respuesta antitumoral y antiviral.

Pero si rica es su experiencia profesional y científica, desde mi modesta opinión entiendo que mas aún lo ha sido su experiencia humana, pues en su caminar por la vida ha tenido la fortuna, que no todo el mundo tiene, de conocer a grandes personalidades de nuestro entorno. En su etapa de estudiante en la Universidad del Salvador, tiene la suerte de conocer a un sacerdote químico de profesión, con el que fraterniza y entabla lazos estrechos de amistad, era nada más y nada menos que el padre Jorge Bergoglio, hoy su Santidad el Papa Francisco. Después en su recorrido científico encuentra la amistad del Profesor Jean Dausset, no solo un gran científico sino también un gran humanista, altamente preocupado por los valores éticos.

Es destacable la importancia de Jean Dausset y su esposa Rosita, no solo por lo que concierne a su vida profesional sino también personal, pues

ambos ejercen como padres adoptivos desde su llegada París y le ayudan a crecer profesional y existencialmente. Es Jean Dausset quién le introduce en España y con quién comparte preocupaciones por establecer colaboraciones científicas y por restablecer el equilibrio entre el Norte y Sur de Europa. Una tarea que ha continuado el Prof. Carosella y que le ha llevado a contar en nuestro país con un grupo de amigos leales, entre los que tengo la suerte de que me incluya, junto al Pepe Peña, Antonio Arnaiz, María Isabel Torres y Álvaro González.

No quiero concluir esta parte sin dedicar una palabras a mencionar el papel de su familia por el recuerdo vivo que conserva de sus padres y en particular de la distinción de su madre. Pero la suerte, también toco a su puerta a la hora de formar su propia familia, al casarse con Silvely Cronin, nieta del famoso escritor y médico inglés Archivald A. Cronin, esposa fiel que le ha apoyado en toda su carrera, ha formado una familia ejemplar junto a sus dos hijas Astrid, licenciada en química y Master en economía y Ségolène licenciada en Historia del Arte y Master en administración de cultura. Una vez Jean Dausset y Rosita le dan su apoyo apadrinado primero su boda y luego Jean Dausset aceptando ser padrino de su hija Ségolène.

En relación a la temática de su discurso de hoy, conviene señalar que haciendo girar de nuevo su carrusel, ha llegado, como muchos científicos importantes, a estructurar sus razonamientos científicos para acercarse a los grandes pensadores clásicos. Es cierto que el progreso científico y tecnológico alcanzado en el pasado siglo XX, ha revolucionado el conocimiento de los procesos patológicos y de sus cuidados, avances que han venido marcados por el imperio de las doctrinas del determinismo científico. Sin embargo, no cabe duda que un retorno de la razón al mundo de las ideas en un sentido clásico, refuerza la posibilidad de una aplicación de la ciencia en su sentido más humanizado. En esto el Prof. Carosella ha demostrado ser también un maestro, la conseguir cultivar e integrar con destreza dicha faceta del conocimiento, para adelantarse a valorar la importancia de los factores ambientales, actitudinales y epigenéticos en el devenir de la respuesta inmunitaria, como una fuerte plusvalía para la comprensión de la fisiología

humana y la explicación de los cambios conceptuales de la salud, la enfermedad y la complejidad de las vivencias interactivas en el ser humano. Tengo el convencimiento, de que si a lo largo de su amplia carrera científica hay un logro digno de ser especialmente enfatizado porque perdurará en el tiempo, ese es el hecho de haber tenido el acierto de emitir una nueva teoría sobre el comportamiento del Sistema Inmunitario, lo que le sitúa dentro de ese reducido pero selecto grupo de científicos, cuyas propuestas, desde una visión Kuniana de la ciencia suelen desembocar en un cambio de paradigma. Así como alternativa, o mejor como complemento, al papel del Sistema Inmunitario en la distinción de “lo propio y no propio” (*self non-self Theory*), surgido como un axioma de la “Teoría de la Selección Clonal” que propusiera Sir MacFarlane Burnet a mitad del siglo XX, su “Teoría de la continuidad” contempla la posibilidad de que el Sistema Inmunitario se haga tolerante frente a los productos del metagenoma de la microbionta, al reconocerlos como propios y asimilación “del otro” en nosotros. De tal modo que, desde esta nueva concepción, la identidad del individuo se empieza a concebir como un proceso dinámico de interacción constructivista de nuestro patrimonio genético en influencia recíproca con el entorno.

Como habrán podido verificar por el breve resumen curricular que el tiempo disponible me ha permitido ofrecer, creo que pueda ser para todos motivo de júbilo poder ennoblecen nuestra bicentenaria Institución con el beneficio que supone la acogida en su seno del eminente Profesor Carosella, a quién con la venia del Señor Presidente, me adelanto a dar la bienvenida como Académico Correspondiente de esta Real Academia de Medicina y Cirugía.

He dicho

“LO HUMANO CENTRO DE NUESTRA IDENTIDAD”

PROF. ED. CAROSELLA

Académico Correspondiente de la Real Academia de Medicina y Cirugía de
Murcia

Preámbulo

«Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es».

Jorge Luis Borges

"Biografía de Tadeo Isidoro Cruz", de "El Aleph".

Exmo. Sr. Presidente Real Academia de Medicina de Murcia y Cirugía

Exmas. e Ilmas. Autoridades

Ilmos. Sres. Académicos

Señoras y Señores.

Es para mí un gran honor de recibir tan alto galardón de esta bicentenaria Real Academia de Medicina, por la distinción de que he sido objeto nombrándome Académico Correspondiente. Nunca pensé que recibiría tan valioso reconocimiento de una Institución que simboliza la esencia misma de esta querida Región de Murcia. Permitarme que por ello exprese al Excmo Sr. Presidente D. Manuel Clavel Sainz y los Ilustrísimos Académicos, Dña. María Rocío Álvarez López, Dña. Trinidad Herrero Ezquerro y D. Pedro Martínez Hernández que me propusieron, mi profundo agradecimiento por este

nombramiento que me abre las puertas a esta Real Academia de medicina y Cirugía de Murcia que tanto prestigio tiene no solo aquí sino en toda España.

Me invade también una gran emoción y sentimiento, dado que siendo hijo y nieto de españoles, es la primera vez que recibo este tipo de distinción de “La Madre Patria” como decían mis abuelos.

Conocer nuestra identidad es ser uno mismo, es el elemento esencial de toda libertad de pensamiento y ética profesional; base de toda responsabilidad. Interrogarse sobre su propia identidad implica primero saber por que en un instante dado esa persona es única y diferente de todas las otras; es decir la unicidad del individuo, que a pesar de ser biológica no es suficiente; la segunda es el hecho de que la identidad de un individuo, a pesar de cambiar continuamente es siempre igual a el mismo *–ipseida-*, yo soy el adolescente que fui y a pesar de parecerme mucho a el, soy incontestablemente diferente. Esa evolución hace que seamos siempre diferentes y sin embargo idénticos a nosotros mismo. Probablemente la gnosis de nuestro ser es construirse a través de rupturas sucesivas y de nuevos ciclos, para que el individuo sea siempre idéntico a el mismo. De hecho no somos diferentes de la naturaleza: que varía cotidianamente y a cada estación, para que en definitiva nada cambie y todo se perpetúa respetando la evolución.

¿Que significa entonces ser uno mismo?

Para los filósofos griegos *ser* es primero conocerse, “*Conócete a tu mismo*” este enunciado del oráculo de Delfos marca el principio de la construcción de la identidad.

El conocimiento de su ser propio es esencial para cada uno de nosotros. No podemos ser indiferentes a nuestro propio juicio sobre lo que somos, dado que esto implicaría tácitamente una cierta forma de desprecio y de negligencia que sería fuente de conflictos con nosotros mismos.

La primera dificultad de este ejercicio viene del hecho por el que yo puedo conocer, analizar objetos bien diferentes: un cuadro, una escultura, una persona, pero ¿cómo puedo tomarme yo mismo por objeto de mi conciencia? La segunda dificultad proviene del hecho de que para poder conocerse a si mismo hay que establecer en su análisis un equilibrio más o menos durable entre veracidad y duda, que varía a lo largo de la vida, en función de las etapas que transitamos, unas veces es la veracidad la que predomina, otras la duda, el problema surge cuando es una de las dos es la que predomina constantemente. No obstante es gracias a este equilibrio por lo que nosotros progresamos.

La duda nos permite interrogarnos continuamente y elaborar nuevas preguntas, es decir reposicionar nuestra identidad y nuestro conocimiento sobre nosotros mismos, la veracidad es el bastón sobre el cual nos apoyamos para poder progresar y revelar nuestras dudas.

El conocimiento del ser, es a la vez psicológico, social y moral, pero sin ninguna duda el más difícil y el más necesario, es el conocimiento moral del ser. Es el más difícil porque nos obliga a confrontarnos a nuestras insuficiencias a nuestras deficiencias y fallas, es una carga necesaria, por que es solamente por el esfuerzo de conocerse a si mismo por lo que uno puede esperar cambiar y perfeccionarse.

Para existir no es suficiente encontrarse y conocerse, es necesario construirse, ejercicio que hacemos a lo largo de nuestra vida, de alguna manera como el "*Hommus viatus*, el hombre que busca la respuesta al sentido de su vida. Es a través de este ejercicio de ilusiones y desilusiones de éxitos y fracasos, de esperanzas y desesperanzas que el individuo construye su identidad, es la obra inconclusa de un gran camino en constante construcción.

Al final nuestra identidad está compuesta de un número ilimitado de identidades que puede cambiar en función del otro. Por eso que este camino no tiene sentido si lo transitamos en toda individualidad sin el otro. Nosotros

somos, en la medida en que existimos por el otro, en que su atención, su crítica, su juicio, sus necesidades se presentan en nosotros, nos descubre y nos singulariza.

Pero esto no es suficiente, el ser humano no se construye solamente a partir de sus relaciones con el otro, para realizarse completamente necesita proyectarse sobre una realidad más vasta que el mismo. Por supuesto que para los creyentes esto se expresa y encuentra toda su respuesta en la fe en Dios, meta de la realización de cada ser. Pero para los no creyentes, la ausencia de Dios no significa una ausencia de esta dimensión. De hecho, ningún ser humano puede definirse que por la fecha de su nacimiento y su muerte, necesita de una trascendencia, es decir de aquello por lo cual nosotros vamos mas lejos que los limites de nuestra individualidad y de nuestra existencia, dejando la estela de nuestra identidad más allá de nuestra desaparición. La trascendencia nos conduce al deseo de que nuestra identidad no sea confinada en los límites de nuestra breve existencia, nuestra trascendencia constituye asimismo la trascendencia humana (característica de nuestra especie). Theillard de Chardin decía: *“Primero ser, luego amar, finalmente adorar. Ir siempre hacia una conciencia más grande”*.

Esta reflexión nos muestra que la identidad del individuo no es solamente el mantenimiento del ser como idéntico, ni una imagen social, ni una simple pertenencia, y menos aún una apariencia. Es la construcción del ser en el tiempo, construcción que esta sometida a cambios y que es integradora, es decir que evoluciona sobre lo que no es de ella.

Ser uno mismo es dudar, cuestionarse continuamente, para encontrar el verdadero sentido de la vida y cultivar la diferencia es fomentar la tolerancia, es así por lo que lo Humano instituye el centro de nuestra identidad.

LO HUMANO CENTRO DE NUESTRA IDENTIDAD

Todo compromiso ético y social debe tener en cuenta la identidad del individuo. Esta identidad no debe ser comprendida como una ideología, debe situarse en el fundamento mismo de la alteridad y del respeto por el otro.

Toda la dificultad proviene de poder establecer una utilización clara y apropiada del concepto de identidad. Es sobre este concepto sobre el que tratará mi conferencia.

Cuando una persona se pregunta “¿Quién soy?”, su pregunta la reenvía a ella misma y a la imagen que se hace de sí mismo, pero también a la imagen que los otros tienen de ella y aún, a la imagen que cree que los otros se hacen de ella. Los otros son un espejo para sí mismo, pero un espejo muy imperfecto. Creo dar una imagen de mí, pero me doy cuenta a menudo que los otros no tienen en absoluto la imagen de mí que yo quiero que tengan. ¿Cuánto veces hemos escuchado “yo no soy la que Ud. cree” o “no vaya a creer que yo soy esto o aquello”? El ejercicio social que consiste en definir su interlocutor y a definirse por él como uno lo desea es muy delicado.

Podemos ser indiferentes a una serie de cosas que nos afectan de cerca o de lejos, pero no a nuestro propio juicio sobre lo que somos, ya que esto implicaría tácitamente una determinada forma de auto menosprecio que sería fuente de conflicto con nosotros mismos; que es lo que intentamos evitar.

La primera dificultad de este ejercicio viene de cuando tratamos de conocernos a nosotros mismos. Uno es al mismo tiempo sujeto y objeto, sujeto que analiza y objeto que es analizado. Evidentemente yo puedo conocer y analizar objetos bien diferentes: un cuadro, una escultura, una persona... Pero la dificultad real se presenta al ser yo mismo el objeto de mi conocimiento.

La segunda dificultad proviene del hecho de que para poder conocerse a sí mismo, hay que establecer en el análisis un equilibrio más o menos durable entre certeza y duda. Una certeza exacerbada frenaría la reflexión y todo tipo de autocrítica, conduciéndonos a juicios inexactos que inevitablemente nos darán una imagen errónea de nosotros mismos, la cual corremos el riesgo de

proyectar de manera equívoca al otro. Al contrario, una duda excesiva lleva al individuo a replegarse sobre sí mismo, obstruyendo la recepción y la comprensión del otro.

Este equilibrio entre certeza y duda varía a lo largo de la vida en función de las etapas que atraviesa el individuo: o bien la certeza, o bien la duda tendrán la prevalencia en un momento dado. El problema surge cuando uno de los dos predomina constantemente.

Sin embargo, progresamos gracias a este equilibrio entre certeza y duda. La duda nos permite interrogarnos continuamente y elaborar nuevas preguntas; en definitiva replantear el conocimiento de nosotros mismos. *“Estar en la duda es ya haberla resuelto”* nos explica Shakespeare en *Otelo*. Por el contrario, la certeza es el bastón sobre el cual nos apoyamos para poder progresar y revelar nuestras dudas.

El conocimiento de sí mismo, es a la vez psicológico, social y moral. Pero el más difícil y el más necesario es el conocimiento moral de sí mismo. Es el más difícil porque nos obliga a confrontarnos a nuestras insuficiencias a nuestras deficiencias y fallas. Es una carga necesaria, porque es solamente por el esfuerzo de conocerse a sí mismo por lo que uno puede esperar cambiar y perfeccionarse. En este sentido podemos retener la posición de Kant que nos dice *“El conocimiento moral del yo necesita que entremos en la profundidad de nuestro ser, como en un abismo, ya que es el principio de toda sabiduría humana.”*

Anatole France, no expresamente, respondía a Kant de manera menos profunda y solemne: *“Yo considero el conocimiento de mi mismo como una fuente de problemas, de inquietudes, y tormentos! yo me he frecuentado lo menos posible”*.. Así, Kant y Anatole France sintetizan las dos aptitudes posibles que un individuo puede adoptar en el conocimiento de su identidad.

¿Por qué es tan difícil conocerse a sí mismo? Conocer su identidad, puesto que estoy confrontado continuamente a mí mismo, ¿no debería el conocimiento de sí mismo surgir de manera intuitiva e inmediata? La respuesta

es negativa: primero, porque cambiamos continuamente, segundo por que yo soy en relación al otro: soy padre o madre por que tengo hijos y marido porque tengo esposa. Es decir, que mi identidad evoluciona y esa evolución depende no solamente de mí sino también del otro y de la trascendencia en la cual yo me proyecto.

Ser uno mismo implica, ser otro y apropiarse a la vez de una nueva alteridad, lo que no significa copiar o tomar prestada la identidad del otro. Es la capacidad de la identidad de evolucionar en su propio medio.

Así, por ejemplo, en el diálogo entre Nadja y André Bretón a la pregunta “¿*Quien eres?*”, Nadja responde “*Quien encanto*”. André Bretón utiliza el verbo “encantar” en el sentido figurado de ser habitado por un fantasma. O sea, se refiere a aquel que ha tenido una identidad y una existencia previa, hoy terminada. Nosotros también tenemos tendencia a encantar al otro y, en consecuencia, sesgar su respuesta. Nuestra identidad contiene ciertamente identidades “fantasmas” que pueden surgir a veces, dependiendo de las circunstancias, y que nos recuerdan lo que fuimos y lo que quizás no seremos más.

Al final, nuestra identidad esta compuesta de un número ilimitado de identidades que pueden cambiar en función del otro, como un diamante en el que cada faceta puede producir diferentes reflejos, pero su verdadero valor esta en su núcleo y no en las apariencias cambiantes. De la misma manera mi identidad no puede reducirse solamente a lo que los otros ven en mí, pero es por su influencia por lo que mi identidad cambia y evoluciona. Es decir, lo que es invisible a mis ojos es visible al otro.

Este intercambio es esencial; sin él sería como el diamante que por falta de luz ciertas de sus facetas no reflejan ningún color. Probablemente nuestras diversas frustraciones provengan de esa parte del ser que nunca ha podido iluminarse y que el otro nunca pudo percibir. Por eso, este camino no tiene sentido si lo transito en toda individualidad aislado del otro; es lo que va dar una triple dimensión a mi identidad a mi ser

1. Las tres dimensiones del ser:

Ser, en primer lugar, es encontrarse y conocerse. Para los filósofos antiguos el ser implicaba sobre todo conocerse. Para los filósofos modernos, es sinónimo de desarrollarse y elevarse. Pero el hombre, como todos los seres vivos, es plural y su ser no es unidimensional, es multidimensional. El ser de cada individuo está constituido por tres dimensiones: la primera centrada en sí mismo, la segunda centrada hacia otros, y la tercera descentrada en algo mayor que él.

1.1. Centrada en sí mismo

Para existir no basta con encontrarse y conocerse, es necesario también construirse, ejercicio que hacemos a lo largo de toda nuestra vida, como el “*homo viatus*” que busca la respuesta de su existencia, dando curso a sus ideas y a sus objetivos. Es decir, organizarse como ser humano viviendo en armonía con su ambiente, con su parte de humanidad que lleva preciosamente cada hombre y que marca su trascendencia. Este “*homo viatus*” avanzará, igual que el hombre a través de la Historia, por diferentes etapas: en primer lugar belicosas, luego místicas, y después científica.

Es a través de este ejercicio de contrastar ilusiones y desilusiones, éxitos y fracasos, esperanzas y desesperanzas, verdades y mentiras, que el individuo construye su identidad. Lo que soy es entonces la obra inacabada de un gran camino en constante construcción.

1.2. Encentrada hacia el otro

Numerosas disciplinas, convergen sobre la afirmación que el hombre es único, la biología, la filosofía, la teología, y la psicología. Cada una no sólo reivindica esa unicidad, sino que la considera como el fundamento de la mayoría de sus postulados y demostraciones. Sin embargo, en todas estas disciplinas la individualidad sigue siendo el proceso más complejo que existe. Gastón Bachelard le concedía una posición privilegiada diciendo que “*La individualidad es un atributo de la complejidad; un corpúsculo aislado es*

demasiado simple para dotarse de individualidad". No obstante, no es simplemente por la complejidad de la individualidad que el hombre es único, lo es sobre todo por su trascendencia. ¿Cómo podría garantizar la proyección de su ser si no fuera único? ¿La fe religiosa no pretende salvar su individualidad a través de la eternidad? Por otra parte, cada vez que afirmamos que el hombre es único, estamos expresando una determinada cualidad que a su vez, es única y fuente de orgullo. En efecto, la unicidad nos hace casi preciosos al igual que una obra de arte. Sin embargo, esta afirmación tiene riesgo, ya que nos lleva a privilegiar aún más todo aquello que caracteriza nuestra individualidad y en consecuencia deja de lado aquellas características que nos reúnen. Es mucho más simple y más cómodo permanecer en su individualidad que salir de ella. Nos replegamos sobre nosotros mismos. Es mucho más fácil y seguro encontrarse consigo mismo que con otro semejante! Es por ello que en la sociedad actual se constituyen cada vez más asociaciones reivindicativas.

La biología, y especialmente la genética, nos enseña cada día, y desde hace varios años, que el hombre es único pero al mismo tiempo nos muestra que pertenecemos todos a una misma especie, la "especie humana", dentro de la cual nuestras similitudes son más importantes que nuestras diferencias. Dos individuos son genéticamente similares un 99,9%, solamente un 0,1% los diferencia. Esto puede implicar una predeterminación genética de la identidad. Idea errónea y muy generalizada que aparta el otro de su principal papel en la construcción de su propia identidad. El tiempo de la construcción de la identidad es muy diferente al tiempo biológico o genético. La identidad se desarrolla en el presente, con el medio ambiente, fuentes de información y centro de cambios. Ciertamente, somos únicos y esta unicidad constituye la base de nuestro polimorfismo que da toda su fuerza a la especie humana. Especie que es social y racional.

Somos todos diferentes y somos todos similares. La pregunta que se plantea en el marco social de relaciones entre los individuos es saber si es la diferencia o la semejanza que prevalece.

Si es la semejanza, el individuo carecería dramáticamente de relieve en todas sus manifestaciones culturales, artísticas, científicas y sociales. Se fundiría en una masa, el conocimiento, la creatividad, el discernimiento no podrían concebirse fuera de la individualidad.

Si la individualidad dominara en nosotros, si favoreciéremos la diferencia, el riesgo sería desinteresarnos por el otro y replegarnos sobre nosotros mismos. En el primer caso, cuando el sentimiento de semejanza prevalece, es el derecho a la diferencia el que predomina. Al contrario, en el segundo caso cuando la diferencia se impone, es el derecho a la indiferencia el que emerge.

¿Podemos constituir nuestro ser y nuestra identidad sin el otro? ¿Podríamos, egoístamente, crecer solos en completa indiferencia o subestima hacia los otros? De la misma manera que el contenido de la interioridad sólo se expresa en la exterioridad, la cual sólo podemos aceptar si hemos tenido la posibilidad de aceptarnos a nosotros mismos. Nuestro ser no puede existir sin la percepción del otro. Somos en la medida en que existimos para el otro, en que su mirada, su atención, su juicio, sus necesidades, se focalizan en nosotros. El otro nos descubre, nos singulariza, nos convierten en alguien importante o no. Existimos simplemente a través del otro, como el médico existe a través de sus enfermos o un escritor a través de sus lectores o un padre a través de sus hijos. No es "ser" lo que es importante, sino "ser por el otro".

El intercambio con el otro lleva a un proceso de internalización (se entiende por el cual la interacción inconsciente), la transmisión de valores de un individuo al otro hasta que se incorpore o se internalice. Esta interacción social descrita por George Herbert Mead esta constituida de dos fases: la primera es la internalización de los "otros significativos", fase de iniciación en la cual no existe una norma o meta, es una relación espontánea y de dependencia, por ejemplo la autoridad de los padres con el niño, o el profesor con los estudiantes. La segunda fase es el "otro generalizado", cuando el otro representa una comunidad organizada y estructurada con reglas y normas que permiten compartir entre sí una serie de acciones. A pesar de la importancia

que Mead da al proceso social y a la comunicación en la construcción del individuo, el reconoce una individualidad específica.

En este enfoque social de la identidad, el lenguaje y los gestos juegan un papel muy importante. Sin embargo, el enfoque de Mead no debe llevarnos a la idea de la construcción de la identidad por el determinismo social, ya que todo cambio de uno cambia el otro y por otra parte, en la mayoría de las sociedades existe una libertad de los individuos que la componen.

Este interaccionismo social nos muestra una vez más que los individuos que componen una sociedad, con todas sus diferencias, son fundamentales para la construcción de cada uno de sus miembros, y que da toda su dinámica a esa construcción.

Decir “*el otro es*” en nosotros tiene como consecuencia que su humanidad forma parte de nuestra identidad. Esto no es anodino y representa una experiencia importante dado que el otro también está presente en situaciones extremas, como por ejemplo, las masacres, las persecuciones o los genocidios (tal como se han perpetraron a lo largo de la historia y que, desgraciadamente, persisten aún). En estas condiciones, ¿se puede decir que el otro, siendo la causa de tantas crueldades, está también en nosotros? ¿O también qué su odio constituye parte de nuestra identidad? Si fuera cierto, nosotros nos convertiríamos en cómplices de ese odio. Afortunadamente, esta hipótesis no es exacta ya que las acciones que tienden a eliminar al otro tienen en común la negación de la alteridad y del libre árbitro. La construcción de la identidad en la alteridad no es un acto pasivo, ni de sosiego, en definitiva, es de esta alteridad de lo que depende la existencia de sí mismo. La negación del otro es una debilidad humana que la conduce a la indiferencia, al menosprecio y puede llevar a acciones intolerables como el homicidio y el genocidio. Esta alteridad no es concebible si no somos capaces de aceptar la diferencia y de considerarla como fuente de toda riqueza humana. Es en la diferencia que cultivamos la tolerancia, la indiferencia hacia los otros no es un acto de fuga, si no más bien de temerosidad. En efecto la diferencia es generadora de

tensiones y de conflictos que van a involucrar la espiritualidad del individuo. Sin esta humanidad, ¿cómo podríamos superarnos nosotros mismos?

Es en la alteridad y la reciprocidad que el don de la fe toma su verdadera esencia. Si no tenemos fe en nosotros, si no tenemos fe en el otro, ¿cómo podemos construir firmemente nuestra identidad? “Ser” es conocerse y realizarse; “ser” es reconocerse y permanecer.

Finalmente, podríamos pensar que estas dos dimensiones bastan para constituir nuestra identidad, nuestro ser. Si fuera así, nuestro ser carecería dramáticamente de perspectivas, sería como en un cuadro en el cual los juegos de colores no le dan ninguna profundidad. Llegamos así a la tercera dimensión.

1.3. Descentrado hacia algo mayor que nosotros

La humanidad de nuestra identidad no se construye solamente a partir de la relación con los otros, se realiza inscribiéndose en una temporalidad que supera la vida del individuo. La construcción de la identidad es inseparable de nuestra percepción de la muerte, única certeza que se tiene y que nos distingue de los animales. Este sentido de la finitud nos lleva a desarrollar nuestra propia trascendencia y contribuye a la trascendencia humana. El ser humano no puede definir su identidad que entre los dos extremos de su existencia que son el nacimiento y la muerte, debe superar estos límites. Su muerte no significa la desaparición de su identidad, sino una continuación, una especie de immortalización. Por supuesto, para el creyente se expresa en su fe en Dios, punto máximo de la realización del ser humano. Pero para los no creyentes, para el agnóstico, la ausencia de Dios no significa la ausencia de esta dimensión, ya que altruismo y trascendencia forman parte de la ética natural de cada hombre. Ambos creyentes y no creyentes van a encontrar las mismas dudas, ilusiones y esperanzas. La trascendencia nos envía a nuestro deseo de eternidad, de no permanecer encerrado dentro de los límites de nuestra breve existencia. La muerte no es, sinónimo de la desaparición completa y súbita del individuo, todos los difuntos continúan existiendo a través de sus acciones durante la vida, morir no es desaparecer completamente. La

trascendencia es esa aspiración fundamental “a inmortalizarse”, a existir más allá de sí mismo.

Platón, en el *Banquete*, mostró la fuerza de este deseo humano, de inmortalizarse. Dicho deseo puede, a su vez, tomar tres formas. La primera, la más simple, es la descendencia: el padre y la madre siguen parcialmente viviendo a través de sus hijos. El segundo, más elevado, es dejar en la memoria de los hombres un recuerdo glorioso, a la manera de un héroe brillando por su valor. El tercero, y más glorioso, se refiere “a la fecundidad según el alma”, esta tercera manera de ser inmortal consiste en sembrar en el alma del otro su discurso filosófico, inspirando en el gusto de los discursos, del diálogo, de la filosofía. A su vez, estas personas iniciadas en el diálogo filosófico podrán cultivar otras almas, y esta siembra podrá seguir eternamente. La prueba es que se habla aún de Sócrates, pese a que nunca ha escrito.

La pregunta que podemos formularnos a este nivel es de saber si hay una **aditividad o una ruptura** de la identidad en la vida de un individuo.

Lo más extraordinario de la vida es la aditividad, es decir, la adición de hechos que se superponen capas por capas formando un depósito sedimentario que deja algunos rastros sobre las capas que se superponen a continuación. Se podría pensar que la identidad del individuo, sigue el mismo proceso. Si aceptamos esta hipótesis, reducimos la identidad a una acumulación de experiencias individuales y su evolución dependerá esencialmente de la riqueza de la vida de cada individuo. Ciertamente, podemos convenir que la vivencia de cada uno desempeña un papel importante en la adquisición de la identidad. Esta identidad, esta compuesta de singularidades que constituyen los ciclos de evolución. Nuestra identidad nuestro ser progresa por nuevas construcciones que suceden a rupturas. Estos ciclos hacen que seamos diferentes a cada etapa de nuestra vida. Mi identidad de hijo no es la misma que la de padre o abuelo, así como mi identidad de estudiante no puede ser la misma que la de profesor. No podemos ser simultáneamente lo que fuimos y lo que somos. Nuestra identidad no puede conjugarse al mismo tiempo al presente y al imperfecto y sin embargo pensamos ser siempre los

misimos. Nuestra imagen queda a menudo fija en un período de nuestra vida, generalmente en nuestra juventud, como si deseáramos voluntariamente fijar el tiempo en esa etapa, y sin embargo vemos pasar el tiempo en los otros “como envejeció” “como crecieron sus niños”. Así la medicina actual nos da las posibilidades, desde el punto de vista estético o exterior, de estar lo más próximo a esta imagen. Pero esta imagen exterior, no es más que una apariencia, que constituye una parte de la identidad, pero no es todo. Así por ejemplo Mis China, sobre una imagen distorsionada de ella, se redondeo los ojos, la liposucción afino su silueta y los otros tratamientos contribuyeron a cambiar su verdadera imagen. Es, sin embargo, la Mis de un país y no de un mundo de ninguna parte. De la misma forma que un camaleón sobre una manta escocesa sigue siendo un camaleón.

Entonces, si nuestra identidad evoluciona, somos siempre diferentes y no obstante seguimos siendo idénticos a nosotros mismos. Esto representa una dificultad suplementaria a la definición de nuestra propia identidad dado que cuando hemos determinado quienes somos ya somos diferentes. En realidad, formamos parte de la naturaleza y somos semejantes a la naturaleza que nos rodea, que se transforma diariamente y en cada estación para que en definitiva nada cambie.

Quizás la razón de nuestro ser es constituirse de rupturas sucesivas, de nuevos ciclos para que el individuo siga siendo idéntico a sí mismo. La identidad no puede concebirse como una simple superposición de características si no como una construcción en constante evolución en la cual el otro es el sustrato esencial.

El otro está en nosotros, es una realidad social ya que constituye la base de toda solidaridad para el conjunto de los individuos, hay siempre en cada individuo una parte más o menos importante de altruismo, sinceridad, respeto por el otro, de deseo de ir a su encuentro perdonándolo o incluso olvidando sus defectos. Se trata hasta cierto punto de una ética natural basada, por una parte, en la libre elección del individuo, sin que esta ejerza un impedimento o una obligación sobre la elección del otro, y por otra parte, sobre

el respeto y el amor por la vida, punto esencial de todo acercamiento. Los estoicos y principalmente Cicerón, que consideraba como objetivo último la promoción del hombre hacia su ideal máximo no esta ausente de esta ética natural cuando nos dice: *“un solo día bien vivido, vivido en conformidad con sus propios principios, vale mas que una inmortalidad manchada de culpabilidad”*.

Cada individuo integra “al otro”, que lo construye y que el construye a su vez. Generalmente decimos que el hombre habita el mundo, pero, luego de lo que acabo de exponer, sería legítimo afirmar que el mundo habita el hombre, dado que el hombre está rodeado de alteridad, ya sea humana o no. El hombre es un mundo, es “*El Mundo*”, dado que concentra y refleja todas las influencias del mundo que pesan sobre él. El hombre no es un foco de individualidad, es el producto, la imagen y la expresión de la integralidad del mundo que lo rodea.

En conclusión la identidad del ser humano i) es siempre contextual y relacional no puede comprenderse sin la alteridad y en el aislamiento; es fundamento de todo compromiso ético y social ii) la alteridad es el punto de convergencia de la filosofía de las ciencias humanas y ciencias biológicas, es la base de toda ética. iii) la identidad del individuo no es ni fija ni predefinida, incluso biológicamente, al contrario es el producto de una historia, es el producto parcial de una autoconstrucción; construir su identidad es aceptar que somos seres cambiantes: aceptar, crecer, envejecer y finalmente morir y poder trascender la muerte misma.

REFERENCIAS

1. Carosella E.D., Pradeu T., Saint-Sernin B, Debru C. « *L'identité ? Soi et non-soi, individu et personne* ». Editions PUF, Collection Science, Histoire et Société, Paris, marzo, 2006
2. Carosella E.D., Saint-Sernin B, Capelle Ph., S.E. Sánchez Sorondo M. « *L'identité changeante de l'individu - La constante construction du Soi* » Editions L'Harmattan, Paris, Julio, 2008
3. Carosella E.D. & Pradeu T. « *L'identité, la part de l'autre - Immunologie et Philosophie* ». Editions Odile Jacob, Paris, febrero, 2010